Figueroa, el de Gelves, el Marqués de Tarifa, Cabrera, Jerónimo de los Cobos y todos los demás ingenios, corte lucida de Apolo, que ya en eruditas rimas, ya en opulenta prosa castellana, cultivaban el extendido y fértil campo de las humanidades y bella literatura. Propicia ocasión se le presentó á Barahona de tratarlos en su larga estancia desde 1571 hasta 1579 (?) en la reina del Guadalquivir, y así lo hizo, llegando en su intimidad hasta el amistoso rifirafe y la más amistosa reconciliación con el príncipe de todos,con el divino Herrera.

Tras estos quizás ocho años se estableció como médico titular en Archidona, y allí fué regidor y permaneció querido y honrado, y compartiendo su tiempo entre Hipócrates y Apolo hasta su muerte. «Murió abintestato el domingo 5 de Noviembre de 1595 años, antes de llegar á los cuarenta y nueve, tranquila su conciencia con la seguridad de haber cumplido como bueno en el duro combate de la vida.»

Después de la minuciosa biografía, que yo he extractado, da cuenta el Sr. Rodríguez Marín de las obras del poeta, que ni son baladíes ni escasas, y con verdadero lujo de sagacidad y tino críticos reivindica para él los *Diálogos de la Montería*. Juzga también el biógrafo al poeta en un estudio crítico-panegírico. No es extraño. El roce y trato continuo con un autor produce cariño semipaternal, y para escribir su monografía es mucho lo que el Sr. Marín ha traído entre manos á su Luis de Barahona. Éste será siempre un escritor culto, erudito, humanista; mas no los defectos que el Sr. Rodríguez Marín le nota, que, al fin y al cabo, si son defectos, lo son de casi todos los poetas mayores del siglo XVI, sino la falta de estro y de elevación, el ambiente de imitación y de escuela harán ser á Barahona un poeta, aunque siempre agradable, nunca sumo ni extraordinario.

II

En una reseña de los trabajos críticos actuales, no pueden no tener distinguido lugar los hechos por D. Marcelino Menéndez y Pelayo, por ser él quien hoy día va en España á la cabeza de los estudios de crítica histórico-literaria; quien con su palabra y con su sombra protege á los eruditos jóvenes, curiosos de investigar, amigos de internarse en el mundo de nuestra literatura de ayer; quien con su nombre y sus libros hace que sea respetada en el extranjero la crítica actual de España y conocido en España el rico caudal de los estudios críticos extranjeros.

Presentar yo en este momento al afamado escritor, sería un sangriento viceversa. Quien desee recordar lo que de seguro sabe, lea á

Mr. Boris de Tannemberg en su *Espagne littéraire*, y en las páginas dedicadas á Menéndez y Pelayo encontrará un retrato muy parecido (1). Allí está el esbozo de la persona y la fotografía del alma: el joven ardiente y fogoso que disputaba en los claustros de la Universidad, con su Horacio apostillado debajo del brazo y su culto á la erudición y gusto clásicos en el alma y con su odio de raza á las nebulosidades transrenanas, con los destellos de su primera vocación de rehabilitar á la España histórica y literaria, porque «rehabilitar á España, escribe el crítico francés, es refutar los ataques injustos que ha padecido de parte de los enciclopedistas, de los historiadores protestantes y de los liberales españoles, que hacen en esto causa común con los peores enemigos de su patria».

Allí está delineado el joven autor de los *Heterodoxos*, probando con la historia de los disidentes que al Catolicismo español está indisolublemente ligada la gloria de España, y que es muy verdad, aunque muy amarga, que «desde que España dejó de ser fiel al Catolicismo, dejó también de figurar en el mundo» («*elle n'a compté dans le monde, que tant qu'elle lui est restée fidèle*»).

(1) *L'Espagne littéraire*, première serie. París, 1903, páginas 85-210.

Allí el defensor acérrimo de la cultura española, que, aun no abarcada por completo, sale de su pluma brillantemente defendida. También se lamenta el crítico francés que haya cesado el español en estas brillantes peleas, y se limite á la crítica literaria, y aun á la crítica literaria que pudiera llamarse menor.

Porque, interrumpida desde hace catorce años la *Historia de las Ideas estéticas*, é interrumpida en el momento crítico de acercarse á España y á la revolución literaria del siglo XIX, las obras en que la actividad de Menéndez y Pelayo está empeñada son la *Antología de líricos castellanos*, la edición académica de las *Obras de Lope de Vega* y, si puede decirse suya, la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*: todo lo cual, opina Boris de Tannemberg, podría, bajo la dirección del maestro, hacerlo alguno de sus muchos discípulos, y emplearse él en dar estudios más sintéticos y acabados de esa gran incógnita que se llama literatura castellana, ó de algunas de sus robustas y frondosas ramas, v. gr., la ascética y sus cultivadores.

Gallardos y magníficos deseos del crítico extranjero, que completan la elevada idea que le merece el celebrado crítico nacional, y que son también los de muchos, los de todos aquellos que con pocas fuerzas estudiamos la literatura castellana antigua, verdaderamente infinita.

Mientras el Sr. Menéndez y Pelayo no se decide á acceder á estas indicaciones de su entusiasta Mr. Boris de Tannemberg, nos hemos de contentar con la erudición copiosa y algo desencuadernada que va depositando en los tomos publicados de obras tan heterogéneas como las citadas más arriba.

No se tache de hiperbólica y denigrante la calificación que he dado á la erudición del Sr. Menéndez y Pelayo; que yo achaco á la improvisación con que casi siempre parece escribir y al excesivo tesoro de datos en su memoria encerrados, el desorden y la redundancia que parece haber en todas sus obras: hilo tenue en un principio, *crescit eundo* la vena de su maravilloso saber, y cobra, al fin, tanta pujanza y valentía, que rompe linderos y márgenes é inunda extendidísimos campos.

Antología de líricos castellanos. Esta comenzó con el canon de publicar, á modo de introducción de cada tomo, ligeras noticias de los líricos en él comprendidos: no se violó la ley demasiado en el primer tomo, pero ya desde el segundo se queda la introducción tan atrás, que hace necesario que el tomo quinto contenga muy pocas poesías y el sexto absolutamente ninguna. El tomo séptimo tiene bastante regularidad, pues introducción y poesías son de Juan del Encina; pero no deja de significar una desviación en el plan primitivo, pues en el tomo

cuarto hay ya 65 páginas con poesías del mismo autor. Desde el tomo octavo se admite un género que, á mi parecer, ocuparía más propio lugar en una Antología de épicos, y son los romances viejos ó antiguos. Como razón de este aserto no quiero sino apuntar que son ellos ininteligibles, sin decir algo de los poemas de *Myo Cid* y otros que les precedieron, y á quienes ellos imitan y continúan, y que estos poemas quedaron en la introducción del tomo segundo ligeramente descritos y separados del acervo de composiciones líricas, fin objetivo de esta colección.

Otro indicio de amable irregularidad es que á los tres tomos de romances viejos no está antepuesta, sino pospuesta la que debió llamarse introducción, y se trueca en tratado añadido á los modelos. Indicios son todos estos de que el abundante escritor va publicando sus tomos sin haber detallado previamente su plan, y, sobre todo, que al escribir se vuelca la rica urna de sus conocimientos y llena é inunda cuartillas con envidiable y desordenada abundancia.

Más, dejados aparte estos reparos de método, ello es que, con ocasión de la Antología de líricos, dice Menéndez y Pelayo cuanto se necesita para tener idea de las colecciones hechas en los siglos pasados sobre nuestros poetas, del mérito de cada una de ellas, de los Cancioneros y Romanceros y su clasificación, procedencia y

estado actual; y no contentándose con decir de los líricos, da ideas generales de la poesía celtíbera y de la hispano-latina, de los poetas cristianos del fin del Imperio y de lo que nos queda del período visigótico, y á modo de digresión, no deja de apuntar sus ideas sobre los poemas del tiempo viejo y sobre la poesía nacional y extranjera anterior al siglo XV. Mas donde encierra tesoros inapreciables de erudición, que casi revisten caracteres de historia, es en los prólogos sobre el siglo XV, al trazar el cuadro de la poesía castellana desde Pero López de Ayala, el catoniano canciller, hasta los tiempos de Juan del Encina y primeros albores de Garcilaso.

Otro asunto importantísimo, y también con honores de historia, es el de los romances viejos, que ocupa el tomo once, y ocupará además otro ú otros, todavía sin publicar.

Se han publicado recientemente en Francia é Italia concienzudos trabajos sobre la poesía épica de la Edad Media, y no era posible que la *Antología* viviera aislada de este movimiento literario.

En este volumen, pues, se estudian los diversos sentidos de la voz *romance*, el romance como género poético, los primeros indicios de su existencia, su enlace con otra poesía popular más antigua, que no es otra sino los *cantares de gesta*; las clases sociales que la cultivaban, quiénes y de qué clases eran los juglares; qué influjo fué el de la épica francesa en nuestros cantares, cómo se versificaban éstos, qué rima tenían, si fué ó no el asonante común á todas las literaturas neolatinas; qué versificación y estilo es el de los romances viejos; qué aprecio merecen las más modernas imitaciones, llamadas romances moriscos y pastoriles; cómo se dividen los venerables romances viejos. En una palabra, la vastísima erudición del colector da, en corto número de páginas, el resumen de las muchas escritas por León Gautier, Gastón París, Milá y Fontanals, Ángel Bello, P. Rajna, Dozy y muchos otros, con propios juicios y observaciones.

Pasa después á estudiar los diversos ciclos de romances en particular, y en este tomo habla no más que de los ciclos históricos: *a*) el de D. Rodrigo; *b*) el de Bernardo del Carpio; *c*) el de los Condes de Castilla, Fernán González y sus sucesores; *d*) el de los infantes de Lara, y *e*) el del Cid.

Con magnificencia de príncipe literario asocia el autor á su gloria el nombre de sus amigos y discípulos D. Juan y D. Ramón Menéndez y Pidal, citándolos, aprovechándose de sus felices descubrimientos y prodigándoles generosas alabanzas.

En este tratado, quedan puestos en toda la luz que hoy día es posible darles, los orígenes

de las leyendas poéticas de D. Rodrígo, su pecado, su ruina, su penitencia y su muerte, con la de los personajes secundarios, el conde don Julián y su desdichada cuanto famosa hija; la de Bernardo del Carpio y sus enlaces y analogías con las francesas de Roldán y Carlo Magno; la del conde Fernán González, de Castilla, y, finalmente, la del famoso Cid Campeador.

Estúdiase en ésta el Cid histórico conservado por los escritores cristianos y musulmanes; y el Cid poético, siguiendo el autor la leyenda épica del Cid desde su venerando primer monumento, el poema de *Myo Cid*, hasta los romances artísticos del siglo XVI. Sin duda ninguna, la prioridad en todos conceptos corresponde al poema del siglo XII, que, sin ser siempre histórico, nunca es antihistórico, como lo fueron los engendros fabulosos que después se siguieron; y que está vivificado por tan ardiente sentido nacional, que la figura del héroe, tal como el poeta la trazó, es para nosotros símbolo de nacionalidad, y fuera de España se confunde con el nombre mismo nuestra patria. Tras el poema corresponde lugar preferente á la *Crónica General* de Alfonso *el Sabio*, y á las siguientes que debieron utilizar principalmente tres cantares de gesta, á saber: un poema de *Myo Cid* posterior al que hoy conocemos, el *Cantar de la partición de los reinos* y el del *Cerco de Zamora*. No es sino de fines del siglo XIV ó principios del XV el *Rodrigo* ó gesta de las mocedades del Cid, que se aparta mucho del carácter de los poemas viejos.

«Por primera vez nos enteramos aquí del origen de la enemistad entre el conde Gormaz y Diego Láinez, bien distinto, por cierto, del bofetón y el desafío ridículamente imaginados por los autores de romances artísticos y por los dramaturgos.....» «Por supuesto, no hay ni asomo del famoso conflicto trágico entre el amor y la piedad filial.»

Síguense inmediatamente los romances verdaderamente viejos que hallan su división en las diversas fuentes á que acudieron, y tras los romances viejos vienen los artísticos y los vulgares, que ya quedan fuera de todo este trabajo.

De ellos dice muy bien nuestro autor en sus últimas páginas: «Suelen pecar de palabreros y amanerados, y abusan en demasía de máximas y sentencias morales y políticas, que dan un giro razonador al discurso con mengua de la acción. Alguna vez, aunque pocas, presentan rasgos de falsa galantería, ajenos á la tradición épica, pero no en el grado y forma que lo hizo después el teatro..... Los sentimientos son, en general, nobilísimos, menos ásperos y más humanos, pero no menos caballerescos que en la epopeya antigua; y la honradez poética es intachable, sin liga de

afectos muelles y con muy poca mezcla de fanfarronada temeraria; cuando la hay, procede de originales muy viejos, como el *Rodrigo*. Lo que más desagrada en muchos de estos romances, y llega á hacer intolerables á algunos, es la afectación del lenguaje arcaico, pésimamente imitado. Esta fabla ridícula, escrita sin ningún conocimiento del castellano de la Edad Media, barajando unas cuantas palabras cogidas al vuelo, echa á perder algunos romances, que por lo demás están bien pensados y sentidos. Otros son francamente detestables, como el famoso del desafío del Cid: *Non es de sesudos homes*..... Queda en el romancero artístico oro de ley, y no es seguro que en algunas situaciones (la prueba de los hijos de Diego Láinez, por ejemplo) la inspiración del poeta moderno haya quedado inferior á la del juglar antiguo, ni mucho menos.»

Otra obra de gran aliento en que está empeñado Menéndez y Pelayo es la edición de todos los escritos del Fénix de los ingenios. Para quien sepa lo que en la historia literaria representa Lope de Vega, y la persecución sistemática y el desprecio incalificable que sufrió por más de siglo y medio, y la absoluta ignorancia que de él tienen aún muchos que imprimen libros de literatura en España y fuera de ella, no podrá no ser muy plausible la iniciativa de la Academia Española; mas para quien no

tenga su caudal muy floreciente y su longevidad muy asegurada, no podrán no engendrar amargas desilusiones las condiciones materiales de la publicación. Porque, en efecto, son aterradoras: tomos de más de setecientas páginas en folio; nítida impresión elzeveriana y papel de lujo ya descorazonarían á muchos literatos que no son Cresos, aunque se tratara de una obra de diez ó doce volúmenes; pero la presente lleva trece fuera de prensas, y sólo habrá reimpreso unas doscientas composiciones teatrales, quedándole más de otras tantas para otros catorce tomos; después han de venir las novelas, poemas, composiciones sueltas, que no podrán encerrarse en menos de diez ó quince tomos. La colección, pues, constará acaso de unos cuarenta.

Y lo más desesperante es que no se publica anualmente sino un tomo, y aun el postrero es de 1902. ¿Quién podrá vivir aún veinticinco años para verla concluída? ¿Quién de los que no nacimos ayer tendrá entonces fuerzas para su estudio?

Dejado esto á un lado, digamos de la colección y de su volumen décimotercero (1).

En trabajos especiales (2) estoy hablando de

(1) *Obras de Lope de Vega*, publicadas por la Real Academia Española, vol. XIII. Madrid, 1902.

(2) *Razón y Fe*, tom. 8 y siguientes.